

Martínico Ventosa

DIRECTOR.

Precios de suscripcion.

En Zaragoza, 12 rs. vn. el trimestre.

Madrid y provincias, 16 rs. id.

Números sueltos un real y medio.

REGALO.

Todos los señores suscritores recibirán al final de cada trimestre una vista de Zaragoza litografiada con el mayor esmero.



Martínico Ventosa

DIRECTOR.

Puntos de sricion.

EN ZARAGOZA.

En casa de los señores D. Ramon Leon, Viuda de Heredia, D. Miguel Casañet y en la administracion de *El Diario de Zaragoza*.

MADRID Y PROVINCIAS.

Remitiendo su importe en libranza ó sellos de correo.

EL DUENDE.

PERIÓDICO SATÍRICO SEMANAL

ADORNADO CON LÁMINAS LITOGRAFIADAS REPRESENTANDO CUADROS DE COSTUMBRES, CARICATURAS, VISTAS, ETC.

Repartiéndose en la semana entrante á los señores suscritores de la Ciudad la lámina perteneciente al primer trimestre y que representa la TORRE NUEVA Y PLAZA DE SAN FELIPE, lo avisamos á los señores suscritores de fuera para que, si gustan, comisionen á quien tengan por conveniente para que pasen, con carta de dichos señores á recoger en esta redaccion el ejemplar de la lámina que les corresponde. Nuestro objeto es evitar que esta padezca con los dobles que necesariamente han de hacerse en ella al remitirla por el correo.

A los suscritores que por toda la próxima semana no hayan enviado á recogerla, se les remitirá con el número inmediato.

A la lámina que anunciamos y que, como hemos dicho, es la del *primer trimestre*, tienen derecho los suscritores que lo eran desde los meses de Junio y Julio: los que principiaron la suscripcion en Agosto recibirán la del segundo trimestre, que se repartirá dentro de este mes, y que representa el paso del rio Huerba por bajo del puente del Canal con el lindo paisaje que le rodea.

Los señores suscritores que dejaron de serlo concluido el primer trimestre, podrán recoger la lámina que les corresponde, presentando para ello el recibo de suscripcion.

El Empleado.

Este individuo, afirman varios autores, pertenece á la gran familia de los *mamíferos-presupuestivos*. El empleado, dicen otros, es un *bipedo-sanguijuela* muy

apto, por su aparato masticatorio, para digerir toda clase de turrones, en especial el de Alicante. Confesamos que estas definiciones no son exactas; por cuya razon no pueden admitirse en absoluto.

Que el empleado sea un *bipedo-presupuestivo*, no hay para que negarlo; puesto que anda en dos pies, (salvo algunos ejemplares) y come del presupuesto; pero que *todos* los empleados sean *mamíferos, sanguijuelas y turroneros*, es lo que no puede admitirse en sana lógica; y los que tal afirman no saben lo que se pescan, como vamos á demostrarlo.

Las palabras *mamífero, sanguijuela, y turronero*, envuelven necesariamente la accion y facultad de *mamar*, chupar y comer turrón. Pero como un empleado, cuyo sueldo no pasa de ocho mil reales, no puede mamar, como no sea del pezon de un carro, ni chupar mas que sus dedos de frio, ni comer otro turrón que el de guirlache, y esto solo en Noche-buena, de aquí el que no pueda admitirse aquellas definiciones; y la necesidad de establecer la siguiente nomenclatura, por ser mas propia, y menos ocasionada á contundentes equivocaciones..... en un dia de baile, por ejemplo.

Empleados de 2 á 4,000 rs. . . Herbívoros.

» De 4 á 10,000 » . . . Piscívoros.

» De 10 á 20,000 » . . . Mamíferos.

» De 20 á 40,000 » . . . Carnívoros.

» De 40,000 en adelante. Cetáceos.

Colocado el empleado en el verdadero lugar que le corresponde en la escala de los seres que pueblan el globo, segun su categoría, y dejando para mas adelante el describir las propiedades y funciones gástricas de los últimos, nos ocuparemos hoy tan solo de los *Herbívoros y Piscívoros*, cuya inmensa familia puede subdividirse en cuatro clases, para la mejor inteligencia del animal que analizamos.

El empleado de *sentido*.

El empleado de *cabeza*.

El empleado *bravucón*.

Y el empleado que no tiene *cabeza* ni *sentido*.

El empleado de *sentido* es un sér dulce é inofensivo, paciente como un cordero, y exacto como un cronómetro. Casto esposo, excelente padre y buen compañero, no tiene mas goces, ni otro pensamiento, que su familia y la oficina, en cuya mesa reinan el orden y el concierto. Respetuoso con sus gefes, y afable con todó el mundo, despacha con probidad y conciencia los asuntos que se le confían, estudiando con detenimiento la legislación que le concierne. Es el tipo de los buenos empleados, sin embargo de lo cual cumple sus veinticinco ó mas años de servicio, sin haber pasado de la clase de los *piscivoros*, ó lo que es lo mismo, sin haber gozado de otro sueldo que el de ocho ó diez mil reales. Los funcionarios de estas circunstancias escasean mucho en la actualidad.

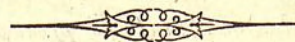
El empleado de *cabeza* difiere muchísimo del anterior. De temperamento vivo, y travesura ratonil, se impone antes que aquel en los asuntos, que despacha, las mas veces de memoria, incurriendo por ello con frecuencia en equivocaciones de órdenes y fechas. Activo y descuidado hasta el punto de tener revueltos los papeles; sin clasificar, ni aun encarpetar los expedientes, su memoria, sin embargo, suple la falta de método, que no se aviene con su carácter estraño y juguetón. Este empleado habla en voz alta á los pretendientes, y critica y murmura de todo bicho viviente, empezando por el gefe, y acabando por el portero. Pastelero por naturaleza, y poco aprensivo por cálculo, las *elecciones* son su elemento, y el campo de batalla donde despliega sus recursos estratégicos, y una actividad y energía prodigiosas. Amenazando á unos, halagando á otros, y engañando á todos, rara vez deja de servir al candidato que se le recomienda, sea del color que quiera; gracias á lo cual suele ascender en poco tiempo á la categoría de los *mamíferos*, aunque á costa de un crecido número de enemigos capitales, y mal visto de amigos y adversarios. De estos ejemplares, verdadera calamidad para la provincia donde radican, hay bastantes, por desgracia.

El empleado *bravucón* es por lo regular soltero, y mediano esposo, si es casado. Se acuesta tarde, se levanta mas tarde, y va mucho mas tarde á la oficina, donde entra con el sombrero puesto, sin dar á nadie los buenos dias. Juega, cuando tiene dinero; toma siempre café y copa, aunque no lo tenga, y debe constantemente á su patrona una mesada por lo menos. El empleado *bravucón*, segun dice él, es hijo de noble y opulenta familia; lo que no obsta para que esté plagado de acreedores, y sirve al Estado únicamente por tener alguna ocupacion. Desde que toma posesion de la mesa que se le encarga, asegura á sus compañeros que estará poco tiempo á su cuidado, puesto que el *Ministro Fulano*, que es primo segun-

do de su mamá, le ha prometido darle otra cosa mas adecuada á sus méritos y carrera. Entre tanto duermen los expedientes, esperando la hora de su despacho, que nunca llega, como no llega tampoco el ascenso que aguarda el nobilísimo farsante que nos ocupa. Este sugeto es fátuo, sin ser tonto, adulador con los gefes, á quienes acostumbra á contar la *crónica ofi-cinesca*, altanero con los demás, y tan falto de buenas condiciones para el despacho de los asuntos, como pobre de recursos materiales para sostener su ridícula vanidad y petulancia. Las viudas de los que gozaron de una regular posicion en el mundo, son las que, por lo general, suministran estos *langostines* á las oficinas.

El empleado que no tiene *cabeza* ni *sentido*, es una especie de *literato*, como *Muselina el torero*, que no sabe leer ni escribir, si por esto se entiende tener siquiera algunas nociones de ortografía y gramática castellana. Estos empleados son á las oficinas, lo que á las obras el ripio y cascos de ladrillos. Embuchados, tapa-agujeros, *mortelas*, y nada mas. Con cortos sueldos, y menos aprehension, sus *bodas de Camacho* son los pretendientes ignorantes, principalmente los sencillos alcaldes de los pueblos pequeños, á quienes, á cuenta de las cuentas que dicen les coordinan y arreglan, dejándolas perfectamente embrolladas, no les reusan desde el doblon de cinco duros, hasta el bote de vino, el par de pollos, ó el saco de patatas. Este individuo jamás deja de asistir á los besamanos y demás actos públicos oficiales, con los consabidos frac y guantes blancos, aunque puestos de manera que trasciende á cochero desde una legua. Su comezon es que le vean con boton de librea; en compañía de las autoridades superiores, á cuya inmediatecion procura ir siempre, dándose importancia. De lo espuesto se desprende que este empleado es el peor de todos los empleados, cuya benemérita clase deshonra con sus bastardos manejos, y mezquinos embrollos, que concluyen casi siempre por ser causa de que se le arroje de las oficinas ignominiosamente, con aplauso y aprobacion de todos los que saben apreciar en lo que vale la probidad, y una reputacion limpia de tan míseros cuanto asquerosos lunares. La falta de capacidad puede disculparse algunas veces, la de delicadeza nunca.

Hemos terminado, por hoy, nuestra tarea analizando y describiendo, con la mejor buena fé, algunos individuos de los que componen la dilatada familia de los empleados *herbivoros* y *piscivoros*, sin aludir á nadie, y concretándonos únicamente á los casos en que la superioridad ha tenido precision de aplicar un correctivo fuerte y justiciero; de los *mamíferos*, *carnívoros* y *ce-táceos*, se ocupará *El Duende* en otro artículo, si Dios no se lo impide.



La Guasa.

Hay palabras que nacen destinadas á hacer época, y la que encabeza estas líneas es la prueba palmaria de esta verdad.

Aplicada á todo lo que quiere significar burla ó ironía, su aplicacion, por lo tanto, es latísima: así es que no es extraño que la palabra *guasa* zumbe continuamente á nuestros oídos con la pertinacia de una mosca pegajosa ó la charla insufrible de un hablador ignorante.

Entre los muchos dichos que disfrutamos los que tenemos la suerte de existir en este siglo de los prodigios y portentos, tenemos que añadir la de ser *guasones*.

Todo el mundo es *guason*, y sino leed.

Supongamos que la escena es un café donde se reúnen varios amigos á que el tiempo los mate, (ya es muy antiguo é impropio decir que se va á un punto á matar el tiempo) la conversacion se encumbra en uno de esos períodos álgidos en que nadie se entien- de y en que para fijar la atencion de los que allí se reúnen, seria necesario que se verificara algun suce- so extraordinario, como el estallido de una bomba Orsini, ó una noticia de esas estupendas, que para darle la clasificacion de importancia que la correspon- de, la llamaremos noticion de café; llega don Narciso Trápala, y despues de saludar á todos, dirige la pa- labra al círculo en los siguientes ó parecidos términos: «Me acaban de contar, que una mujer ha asesinado á su marido instantáneamente, metiéndole un alfiler por el codo izquierdo.» Todo el mundo soltará una estrepito- sa carcajada y dirá «Señor don Narciso, viene us- ted de *guasa*?»

Aquí la *guasa* parece quiere significar ¿se ha pro- puesto usted reirse de nuestra candidez, con semejante paparrucha?

Pero vamos á otro caso.

Un gallo almibarado y elegante, (ya se comprende que hablamos de un gallo sin cresta) se dedica á ob- sequiar á una señora apreciable por su talento y mori- geradas costumbres, y á la que, sin embargo de estos antecedentes, el nene en cuestion encaja su correspon- diente declaracion de amor; la señora le mirará con extrañeza, despues se sonreirá diciéndole. «Vamos, Carlos, conozco que está usted de *guasa*, y no quiero incomodarme.»

Esta *guasa* significa, «me río de usted, pero mi edu- cacion y mi política me hacen decir que usted es el que trata de burlarse de una pobre mujer; pero si no es usted tonto comprenderá que es inútil que insista.»

Sale á la escena una niña de quince años, con mas malicia que una dueña de Quevedo. Un pollo im- berbe la acosa con sus miradas imprudentes, y des- pues de mil requiebros mas ó menos estúpidos, la dice que es la mujer mas hermosa que ha conocido, y que muere si no le corresponde; pues la ama con delirio. La inocente, segun su mamá, bajando los

ojos, y encendida como la grana, le responde, «que como conoce que es por *guasa*, lo oye como una ga- lantería de buen género; pero sin que esté interesado el corazon.»

Es decir, hay motivo muy bastante para que esté usted prendado de mí; pero como los pollos del dia son tan necios, pudiera suceder que lo dijera usted por reirse á mi costa: y aunque muy niña comprendo bas- tante la aguja de marear para no dejarme engañar y soltar prendas á las primeras de cambio.

La palabrita que nos ocupa tiene tambien partido en otro terreno.

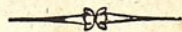
Juan, casado con Juana, es feliz en su matrimonio; pero un dia Juan tiene celos, sin saber por qué, y to- do cuanto Juana hace le incomoda, hasta que esta aburrida esclama: «Vaya una *guasa* que tienes hoy: sabes que estás divertido con tus tontunas?» En este caso la palabrilla puede dar lugar á otras de grueso calibre, por lo que no daremos mas aclaraciones.

«Señores, grita un jóven elegante con aire desem- vuelto y á lo calavera temeron, como diria Larra, dirigiéndose á un grupo de amigos: Vamos de *guasa* esta noche.»

Esto ya varía; aquí puede haber hasta sangre; es- tas *guasas* acostumbran á ser pesadas, porque signi- fican lo que antes se conocia con la mas significativa voz de *vamos de trueno*.

Y en fin, *guasa* se llama á todo. *Guasa* si se silba á los actores, porque ellos dicen, «vaya, el público es- tá esta noche de id.» *Guasa* si una jóven dá calaba- zas, porque aquel dia la niña estaba *guasona*. *Guasa* si media docena de pollos cometen una majaderia, porque los presuntos calaveras iban de *guasa*. Y *gua- sa*, en fin, porque cuando se escribe un artículo como este, es porque *El Duende* estaba tambien de *guasa*, y no queriendo ocuparse siempre de las flaquezas ajenas, ha dado treguas á su ingrata tarea por un momento, llenando algunas líneas sin decir nada; lo cual no es poco, atendido á que nunca le falta algo que decir.

Perdona, pues, la *guasa*, querido lector, que no siempre ha de ser serio *El Duende*.



Aquellos: ó al buen entendedor. . .

—Cuantos *Duendes* sin vernos, amigo mio...!

—El hecho es, don Cachipundio, que hace algun tiempo que no tengo ganas de soltar la pelada.

—Pues no falta motivo; y materia ha habido en es- tos dias. ¡Que de cosas!!!

—Cuénteme usted. . .

—Ya sabe usted el estreno de *Un ballo in máscara*.

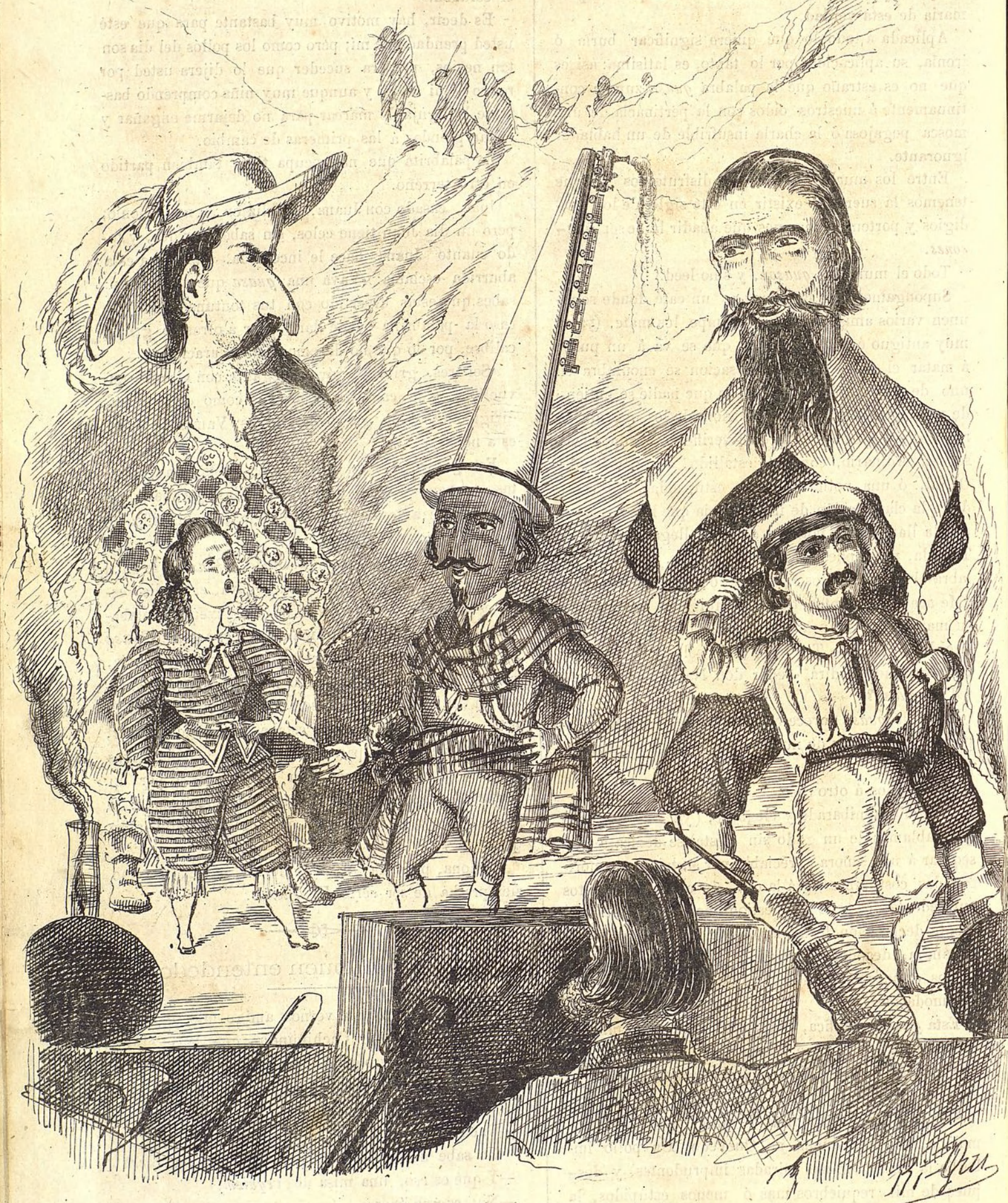
—Y qué es eso, una misa de *requiem*?

—No; es una ópera.

—Ah. . .!

—¿Sabe usted que silbaron á *Margarita de Borgoña*?

—Pues á qué se levantó del sepulcro esa señora?



Un ballo in máscara.

Música sin pitos.

En el teatro.



Los que silban.



Los que aplauden.



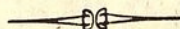
Los que callan.



Los que duermen.

—No, hombre: quien se levantó fué el *comendador*.
 —¿Qué *comendador*, porque como hoy hay tantos y se ven tales cosas en estos dias. . .
 —Le estoy hablando del de *El convidado de piedra*.
 —Entonces será Neptuno. . . .
 —Hombre, por Dios!
 —O los gigantes de la Audiencia; que yo no conozco otros de piedra á quien se pueda convidar.
 —Escúcheme usted y no disparatemos. Se trata de la obra dramática de Tirso de Molina.
 —¿Y qué?
 —Que tambien la han silbado. ¿Y no se admira usted?
 —Yo? no señor; qué he de admirarme: tales cosas se ven en estos dias.
 —Dáale con lo que se vé. ¿Y qué se vé?
 —Votar la gente.
 —¿De cólera?
 —No, amigo vecino: este hace votos. . . de castidad: aquel (con b) de pellejo: es otro votos por la felicidad de Californias: el de mas allá vota porque tiene callos. . .
 —¿Qué tiene que ver. . .
 —Que sabe donde le aprieta el zapato.
 —Entonces las pipas están de baja.
 —Y en alza las pastelerías.
 —¿De veras?
 —Si, señor; se abrieron cinco nuevas; vea usted lo que es la *concurrence*, como dicen los de San Luis.
 Anuncian una gran venta de merengues de fresa, tan dulces, tan suavecitos, que no habia mas que pedir; su despacho era seguro. Súbito, otros paste-
 ros, al ver su parroquia y venta comprometidas, anuncian, en son de guerra, sus nuevos y magníficos merengues.
 —¿Qué me cuenta usted?
 —Escuche, hermano. Los nuevos merengues eran de guindilla.
 —¿Diablo! Pues qué paladar habia de resistirlos?
 —Yo le diré á usted: para que fueran mas tragables se les anexionó.
 —Pícara frase. . .!
 —Como decia, se les amalgamó con otras sustancias de distinta índole, y que reñian de verse juntas: y para que su despacho fuera mas seguro se envolvieron los merenguitos en una hoja de cierta zarzuela muy conocida. Como usted vé, el pabellon cubria la mercancía. . .
 —¿Hombre, hombre, hombre! ¿Y qué dijeron los otros?
 —Gritaron—«Traicion y á ellos.»—y trataron de fritada los merengues contrarios.
 —¿Y los otros, contestaron?
 —Ya lo creo; entonaron el *servez vos rangs*, y dijeron que las fresas de los otros eran averiadas.
 —¿Y quién llevó el gato al agua?
 —El gato lo llevaron los de fresa; pero los guindille-
 ros pudieron pintarle el rabo de encarnado.

—¿Y el del papel de la zarzuela muy conocida y en un acto, que dice «*Buenas noches, etc?*»
 —¿Qué preguntas tiene usted, vecino...! Se comieron el mereague y tiraron el papel.
 —¡Ola! ¡Ola! ¡Ola!!!!
 —¡Ah.... se me olvidaba. Dos célebres *suizos* tiraron del asador y juraron morir por los de fresa.
 —¿Y lo cumplieron?
 —¡Vaya! Algo se hicieron tirar la oreja; pero llenos de entusiasmo, exclamó el uno. «Fuera papeles: allá voy yo con mi bufanda.»
 —¿Y el otro?
 —»Llego por el ferro-carril, aun llevo la carterita.»
 —¡Toma, toma, toma!!!

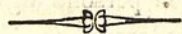


Un gallo desesperado nos ha remitido para su insercion la siguiente súplica.

Señor *Duende Martinico*,
 clame usted contra el furor
 de embadurnarse la cara
 con blanquete y bermellon.
 ¿No vé usted por esas calles
 tanto rostro encantador
 cubiertos por una capa
 de dos libras de almidon?
 ¿No ve usted, si sopla el cierzo,
 cual se lanza en derredor
 de tanta pintada cara
 una polvareda atroz?
 ¿Por qué empolvaros los rostros,
 hijas de mi corazon,
 cual si fuerais escritura
 ó peluca de doctor?
 En miércoles de ceniza
 os transformais sin razon,
 cuando con cara de pascua
 veros siempre anhele yo.
 ¿Qué se hicieron las morenas
 de puro tipo español,
 que iban mostrando en su rostro
 toda la gracia de Dios?
 Hoy han desaparecido
 y, cambiando de color,
 copian la blancura insípida
 de las hijas de la Albion.
 Tan de máscara se han puesto
 con su endiablado arrebol
 que es carnaval todo el año
 para el sexo encantador.
 Enamoréme en paseo
 de una niña como un sol,
 mas blanca que una azucena,
 sonrosada á proporcion.
 Su boca era una cereza;
 sus cejas... no hay un pintor
 que pudiera dibujarlas

con tan rara perfeccion.
 Seguila y su casa supe:
 apenas amaneció
 el siguiente dia, fuime
 á su calle de ella en pos
 y apoyado en una esquina
 tornéme guarda-canton.
 Las horas eran eternas;
 mas apenas el reló
 sonó las diez, yo me entraba
 en su casa de rondon.
 Llamé—«¿Quién es»—preguntaron.
 Respondi yo—«servidor.»
 y una niña en el instante
 resuelta la puerta abrió.
 Mas que morena era parda;
 y á su boca, que era atroz,
 sin duda una berengena
 le trasmitió su color.
 Faltaba á sus cejas pelos,
 y era, en mi humilde opinion,
 descendiente en linea recta
 de Nabuco-Donosor.
 —Doña Paquita, la dije,
 vive en esta habitacion?—
 Y sonriendo me dijo
 —Doña Paquita soy yo.—
 No puedo espresar ahora
 cuánta fué mi admiracion.
 Aquella blanca azucena
 de la vispera ¡oh dolor!
 era, sin embadurnarse,
 tan negra como un tizon:
 fea como un desengaño,
 en fin, *Martinico*, atroz.
 Corrido como una mona
 y maldiciendo mi error,
 bajé aquellas escaleras
 lo menos de dos en dos.
 ¿Es posible, niñas mias,
 que incurrais en el error
 de revocar vuestros rostros
 como á un viejo caseron?
 Si un amante un tierno beso
 pide, por amor de Dios,
 que bese vuestras megillas,
 no á una capa de almidon,
 ó de cal, blanco de españa,
 de yeso ó polvos de arroz.
 Nada, al aire vuestras caras,
 que van esparciendo amor;
 para volver nuestro juicio
 dejadlas cual ellas son:
 ved que los polvos, á veces,
 forman un lodo feroz,
 y en el lodo escurridizo
 es fácil un resvalon.
 Por mi parte, *Martinico*,

lo juro, á fé de español,
 si de andar á picos pardos
 cayese en la tentacion,
 iré en busca de morenas,
 que en blancas no fio yo.



Cosas de teatro.

Asaz difícilillos y peliagudos andan los asuntos teatrales de algunos dias á esta parte; tanto que nos obligan á ocuparnos de ellos y á exponer lisa y llanamente nuestra opinion, sin embages ni rodeos. Al decir que son difícilillos, entiéndase que así los creemos para el público, la empresa y los artistas: en cuanto á nosotros, humildes escritores, nada mas fácil que salir airosos del empeño que aquí contraemos con nuestros lectores.

Vamos al asunto, y principiemos dividiendo al respetable, al benigno, al inteligente público en tres clases ó fracciones; público *optimista*, público *pesimista* y público *indiferente*, ó al menos público *mudo*: tres fracciones distintas y un solo público verdadero: añadamos la empresa descontenta siempre y los actores mas descontentos todavía, y completamos el cuadro de nuestro actual teatro.

Tenemos por público *optimista* al que acepta así las comedias con sermones ó sin ellos, como los dramas y melodramas tremebundos y terroríficos, en los que muere hasta el apuntador y en los que el puñal y el veneno andan tan abundantes como los silbidos. Este público acostumbra á asistir al teatro todos los domingos y fiestas de guardar; y durante la representacion es todo ojos y oídos y goza con lo que le dan y suspira por lo que queda.

El público *pesimista* lo componen parte de los abonados, parte de los asistentes cotidianos y parte de los domingueros con ínfulas de abonados.

El público *mudo*, claro es, el que no dice «esta boca es mia;» que oye, ve, sufre ó goza y calla; que inclina su cabeza ante la tempestad; que la levanta en tiempo sereno; que cuando le dan esperpentos los traga; cuando obras agradables y de mérito las saborea; que se sonrie maliciosamente cuando nosotros, los emborronadores de papel, decimos, al hablar de teatro, cada disparate tamaño como una catedral; que si los actores lo hacen bien calla; que si lo hacen mal lo sufre y que es, en fin, el apoyo, la delicia y el predilecto de la empresa.

Y, apropósito de empresa, diremos que la de un teatro es, como otra empresa cualquiera, un individuo ó una sociedad que ponen su dinero y su trabajo en un negocio, no para arruinarse con él por la linda cara ó por los caprichos del prógimo; sino para lucrar sacando todo el partido posible; y esto es tan racional y justo, como que nadie quiere arrojar sus intereses por la ventana.

Ahora bien; vamos, para mayor claridad, á dejar hablar al público, á la empresa y aun á los actores; y verán ustedes como á cada uno damos la razon que tenga, sin disgustar á nadie: que esto es lo esencial hoy dia; vivir bien con todos, como Dios nos manda, y no malquistarse con persona alguna; y mucho menos si esta persona es poderosa.

Paz en la tierra, gloria en las alturas,
y llenad vuestras panzas, criaturas.

El público pesimista.—Yo no quiero dramas románticos; pasó su época. Yo no quiero asesinatos, envenenamientos, adulterios ni cosas por el estilo: me espeluznan, me afectan, me escandalizan. Quiero espectáculos tiernos, dulces, que me hagan gozar, que me edifiquen, que tiendan á moralizar la sociedad...

El Duende.—¿Como *El cura de aldea*?

El público.—No, señor: tambien silbo *El cura de aldea*.

El Duende.—Bien hecho: adelante.

El público.—¿Son aceptables *Ricardo Darlington*, *Vanidad y pobreza*, *Margarita de Borgoña* y obras de este género, que son una serie de disparates monstruosos, corruptores, inmorales etc. etc. (Un espectador mudo se sonríe y encoje de hombros: él se entenderá.) Yo vengo aquí á recrearme, que no á horrorizarme ni á padecer. Dadme comedias de buena ley: si no las hay, que las hagan.

El Duende.—El público pesimista tiene razon.

El público optimista.—Señor, yo vengo al teatro cuando puedo para distraer mi imaginacion ocupada en el trabajo durante la semana, y no me meto á juzgar de la moralidad ó inmoralidad de los espectáculos. En esos dramas, que los señores reprueban, veo casi siempre castigado el vicio, y esto creo que es lo que conviene. Veo además complicacion en los argumentos, trajes de otras épocas, decoraciones moriscas ó góticas ó lo que sean, grandes situaciones y esto me gusta.

¿Por qué no han de dejarme oír la funcion, puesto que para oírla pago? Si á los otros no gusta ¿por qué no aguardan hasta el final de cada acto, y entonces silban, gritan y alborotan hasta que se les caela campanilla?

El Duende.—Tiene usted razon tambien.

El público optimista.—Ya se vé que la tengo; lo cual no impide que venga un vigilante ó dos ó tres y me cojan y me saquen del teatro, á mí que aplaudo, y dejen en él á los otros, á los que silban.

El Duende.—Es mucha verdad.

El público pesimista.—Yo compro en la puerta el derecho de aprobar ó reprobar, segun mi juicio.

El Duende.—Esa es otra verdad. ¿Y qué dice á todo esto el público mudo?

El público mudo.—Que cuando calla no dice nada.

El Duende.—Todavía otra verdad. ¿Y la empresa qué alega?

La empresa.—(Alargando un papel.) Que ahí está ese estado comparativo.

El Duende.—(Tomándolo.) Veamos. (Lee.)

FUNCIONES APLAUDIDAS en la presente temporada, y entradas que han dado.	FUNCIONES SILBADAS. Idem idem idem.
Hermana de leche... 352	Ricardo Darlington. 927
Prohibiciones..... 323	Vanidad y pobreza. 563
Mujer gazmoña y marido infel..... 359	Margarita de Bor- goña.....,..... 729
El hijo natural..... 418	El convidado de pie- dra..... 1212

El Duende.—De aquí resulta que las funciones silbadas han dado mas utilidad que las aplaudidas. La diferencia á favor de la empresa es de 1979 entradas en las solas cuatro representaciones.

La empresa.—Por consiguiente.....

El Duende.—Entiendo: la empresa consulta sus intereses y dice con el otro.

«El vulgo es necio, y pues lo paga es justo hablarle en necio para darle gusto.»

Traduccion libre:—«Dáme pan y llámame tonto: silba, pero acude...»

La empresa tiene muchísima razon.

La empresa.—Y además no cuenta con otros actores, ni malos ni buenos, porque no los hay: y el que no lo quiera creer que lo vaya á ver.

Los actores.—No diremos nosotros que somos buenos; pero si siendo lo que somos, despues de estudiar, de ensayar, de emperegilarnos, cuando nos presentamos en la escena resueltos á hacer cuanto podemos, al ir á abrir la boca nos arriman una grita, ó nos remedan ó nos chichean, digannos ustedes ¿no hemos de perder el tino, de atortolarnos y de irnos por los cerros de Ubeda, en vez de decir nuestros papelitos ó nuestros papelazos con la mayor perfeccion posible? El actor silbado es un actor muerto, y los muertos ¿qué pueden hacer?

El Duende.—Irse *pian piano* á la sepultura á aguardar el juicio final. Tienen razon los actores.

¿Lo ven ustedes, lectores queridísimos? El público, la empresa y los actores tienen razon: la tenemos nosotros en darla á todos; y si todavía hubiese alguno quejoso, por nuestra alma que dará muestras de discolo y descontentadizo.

Siga, pues, la broma, que con el tiempo todo pasa. mañana será otro dia y verá la tuerta los espárragos. *Dixi.*

El Viernes se puso en escena la linda comedia *Por derecho de conquista*, arreglada á nuestra escena por el distinguido literato D. Mariano Carreras y Gonzalez. El público escuchó con placer las delicadas escenas en que abunda, aplaudiéndolas justamente. Los actores trabajaron á conciencia y fueron tambien aplaudidos. Reciba el Sr. Carreras el sincero parabien de *El Duende*.